

NUESTRO ALCALDE Y SUS PROYECTOS

VERDADERAMENTE que la hora resultaba un poco indigesta para los que tomamos la desgracia de complicarnos en una ligera comida, que nos embarga una hora: de dos á tres.

Habiéndonos citado Su Excelencia á las diez y media en su suntuosa morada de la calle de Almagro, comprenderás, amigo lector, la velocidad que tuvimos que desarrollar en ongullimos los manjares... No te extrañe, pues, que el racimo de «billos» final lo fuéramos devorando por la escalera de casa del señor Alcalde.

No tuvimos ni que entregar nuestra tarjeta. El ilustre duque de Almodóvar del Valle, ya nos esperaba; salió unos pasos al recibimiento y entre frases de efecto y exquisita cortesía nos internó en su despacho.

Todos conocéis al duque de Almodóvar. Su principal defecto consiste en ser un hombre impecable. Todo armonía, todo corrección, jamás descompono la actitud, ni los modales, ni el gesto. Todos sus movimientos parecen responder á un perfectísimo mecanismo. Esta armonía aloja un poco la idea de que se habla con un hombre de carne y hueso y nervios. Su conversación correcta, fluida é interesante, no varía jamás de tono. Con unas preguntas frívolas comenzamos un diálogo que luego había de resultar interesantísimo por tratarse de reformas de nuestro Madrid.

—¿Le halagaba á usted la idea de ser alcalde de Madrid?...

—Le preguntamos.

—No, señor—repuso con sinceridad el duque—. Yo jamás había pensado ser alcalde de Madrid; es más, le diré á usted que miraba con un poco de rece-

lo esto puesto, donde tanto hay que trabajar y sufrir y tan expuesto se está al fracaso...

—¿Por qué?...

—Por varias razones; la principal es que el presupuesto municipal es demasiado escaso y no permite atender debidamente los servicios y necesidades de Madrid. Todos los servicios están mez-



EL DUQUE DE ALMODOVAR DEL VALLE
Alcalde de Madrid

quinamente dotados y muchos aludados por no tener forma de atenderlos dentro de los medios ordinarios de la Villa. Esto, como es natural y lógico, suscita las censuras del vecindario y de la prensa y de estas censuras son blanco los alcaldes, que en realidad no somos del todo culpables, pues al llegar á la Presidencia del Ayuntamiento nos encontramos con que tenemos que administrar con un presupuesto mezquino... Por estas razones, principalmente, yo no apetecía este cargo, ni jamás me pasó la idea de ocuparlo. Ya ve usted; recuerdo que cuando Ruiz Jiménez pasó á Gobernación, yo era uno de los más extrañados por el tiempo que estaba sin proveer la alcaldía de Madrid, y hasta hice profecía sobre quién sería el agraciado. En esta situación, una noche mi jefe, el señor García Prieto, y de buenas á primeras me dijo: «Es usted alcalde de Madrid; yo he aceptado en su nombre.» Si le he de ser franco, tengo que confesarle que no me encantó la noticia; pero estaba obligado á obedecer á mi jefe y á servir á mi partido.

—¿Es usted madrileño?...

—Sí, señor; afortunadamente. Nací en la calle de Atocha y fui bautizado en la iglesia de San Sebastián.

—Si á usted le parece, hablarémos de proyectos y reformas.

—Con mucho gusto. Es o más interesante.

—Supongo que usted, antes de ocupar la presidencia del Ayuntamiento, acariciaría algún proyecto de los que ahora tiene en vías de realización.

—Pensando que alguna vez sería alcalde, no. Ahora bien; todo habitante

de Madrid, joven, viejo, pobre ó rico, tiene trazado un plan de reformas de la capital con el cual creo mejorarla y se hace la ilusión de que si él algún día fuese alcalde, lo ejecutaría inmediatamente... Esto me ha pasado á mí y creo que á todos mis antecesores y la realidad ha venido echando por tierra nuestras ilusiones. Al chocar con mil dificultades, entre ellas la principal es la

situación económica del Erario Municipal, hemos rectificado ó sustituido nuestros primitivos proyectos, por otros menos radicales, pero más fáciles de realizar...

—¿Cómo ha nacido en usted la idea de unificar las Deudas municipales?...

—Me alegro mucho que hablemos de ésto, ya que precisamente NUEVO MUNDO me ha hecho el honor de comentar desfavorablemente este proyecto financiero del cual me siento orgulloso. El Ayuntamiento, para terminar sus obras emprendidas, dotar mejor los servicios y llevar á cabo algunas reformas, necesitaba realizar un empréstito. Esto es evidente. También es evidente que en el instante que termine la guerra el dinero tiene que subir muchísimo; si no se aprovechan, pues, estos momentos para llevar á cabo la operación de crédito, luego no se podría hacer ó la haríamos en onerosas condiciones. Convenidos de la NECESIDAD y el MOMENTO, solo había que meditar la forma de realizarlo con las mayores ventajas posibles. Y así ha sido. Como único elogio de esta operación le dire á usted que con el arreglo y unificación de las Deudas municipales, el Ayuntamiento, sin casi aumentar el interés que paga hoy día, consigue un crédito de cerca de cincuenta millones. Dicen que si comprometo para las generaciones futuras la situación financiera del Ayuntamiento. Pues claro. Toda deuda trae consigo un compromiso. Yo no soy Dios para sacar el dinero de la Nada. ¿Pero es que con estas mejoras no han de aumentar también los ingresos?... Solamente entre Mataderos y Necrópolis se obtendrá un millón de pesetas de aumento anual.

Hizo una pausa el alcalde; yo le pregunté:

—Sus reformas parece que no han caído muy bien en la opinión. ¿Ha leído usted nuestro contraproyecto proponiendo el ensanche de las calles de Fuencarral y Hortaleza?

—Sí, señor; y me parece muy bien, aunque la idea no es nueva y se lo habrá ocurrido á todo el que transite por esos dos calles; pero ensanchar por completo esas dos vías es una reforma superior á nuestras fuerzas, y ensancharlas hasta San Onofre ó Infantavá costaría treinta ó cuarenta millones, y no haría más que alejar unos cuantos metros del centro el mal, pues desde las calles de San Onofre ó Infantavá hasta arriba seguiría como ahora el atasco de tranvías y la aglomeración de gente. Además, mi querido amigo, dígame usted: ¿Es que yo puedo dedicar á una sola obra los cuarenta y tantos millones y dejar abandonado lo demás: la Instrucción pública, los mercados, el saneamiento de

las aguas, la alineación de varias calles y mil cosas precisas y urgentes?

—Sí; pero en vez de hacer esas reformas tal vez pudiera iniciarse ésta...

—¡Oh, no! Todas las reformas que pienso llevar á cabo son muy baratas y mejorarán mucho el plano de Madrid. Una de las que más se ha combatido es la prolongación de la calle del Clavel. Este proyecto no es mío; para descongestionar la calle de Hortaleza existía desde hace muchos años la idea de seguir la calle de Sevilla hasta Génova. La Gran Vía hace imposible realizar ésto y tenemos que aceptar la continuación de la calle del Clavel; esta reforma, tirando numerosas casas viejas, no costará al Ayuntamiento, con el ingreso de los solares vendidos, arriba de tres millones de pesetas... ¿Puede haber otro proyecto de hormoseamiento de la capital más económico?... Esta reforma aliviará muchísimo el tránsito de la calle de Hortaleza.

—¿Entonces, ya hay que desistir de la prolongación de la calle de Sevilla hasta la de la Magdalena?

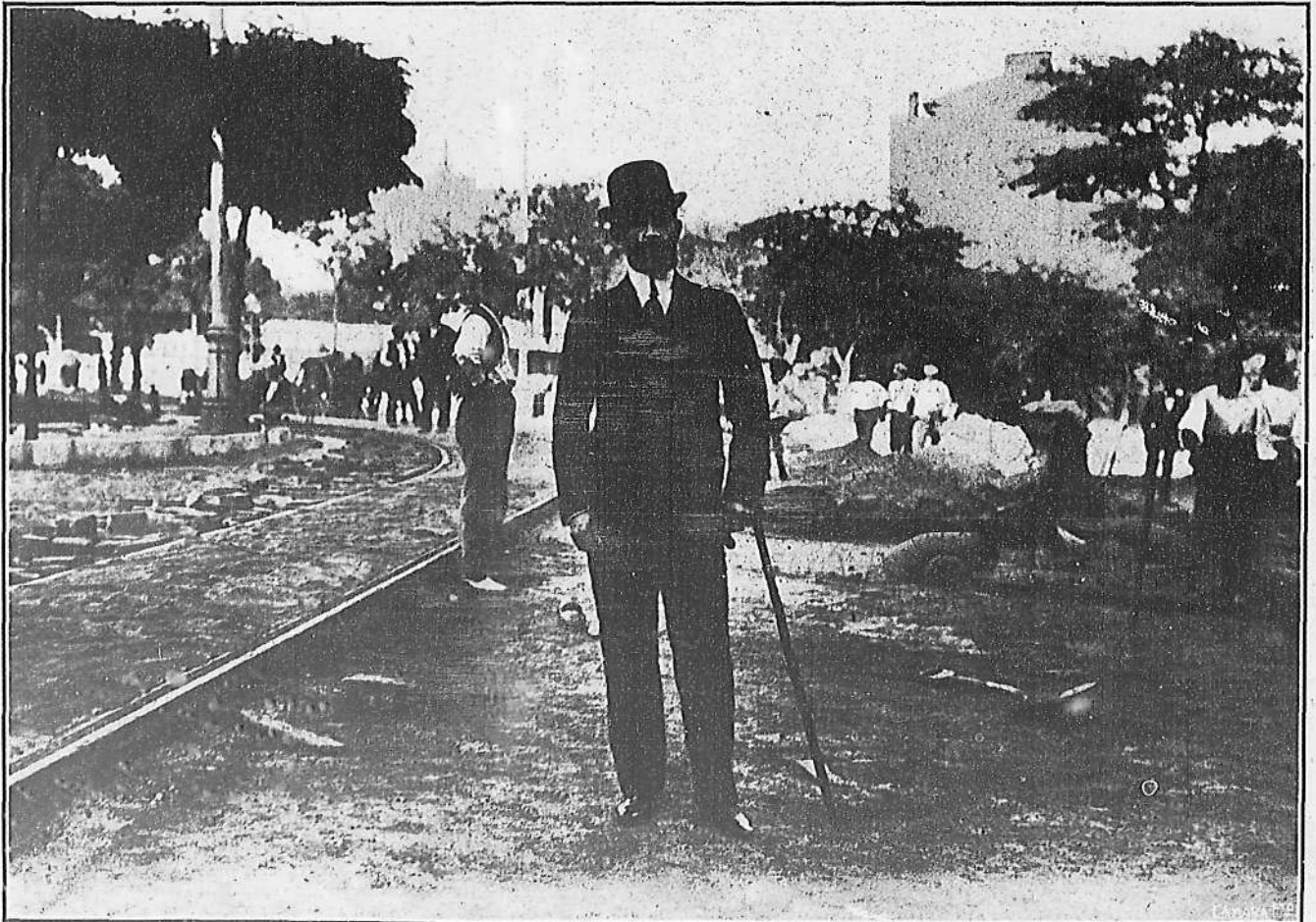
—En absoluto... En vez de la Gran Vía debió hacerse esa reforma, pero ya la plaza de Canalejas la ha matado por completo... Mi idea al ensanchar y prolongar la calle de Jovellanos es precisamente iniciar una calle ancha que, después, continuada por San Agustín puede ir á parar á la Ronda de Embajadores y por medio de ella poner en comunicación los barrios bajos con el centro de la población.

—¿Y la Gran Vía, se prosigue ó no?...

—¡Ya lo creo! Esta misma mañana he hablado con el contratista que me ha asegurado la rápida liquidación del primer trozo y enseguida la continuación del segundo. En caso contrario tendríamos que proceder á la rescisión del contrato. Yo no puedo hacer más que dedicar todas mis energías y mis facultades y mi buena fe al desempeño de mi cargo. Desde las nueve de la mañana estoy en mi despacho oficial y hay días en que á las doce de la noche continúo allí...

Y nada más que te interese hablamos, lector... De mi cosecha he de decirte que el actual alcalde de Madrid, tiene poderosas condiciones de gobernante y que es lástima que el muy próximo movimiento político se le lleve del cargo que ocupa, pues sus desvelos y su buena administración pronto llegarían á ser notados por el sufrido vecindario madrileño.

El Caballero Ruidaz



El alcalde de Madrid, duque de Almodóvar del Valle, inspeccionando las obras municipales

Fots. Caballero